EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

SONÓ LA FLAUTA...

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL CUARTERO

Música del maestro

RAFAEL TABOADA

Estrenada con estraordinario aplauso en el SALON-ESLAVA *la noche del 24 de Mayo de 1879.*



MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES
PEZ, 40, 2.°—POZAS, 2, 2.°
1879

SONÓ LA FLAUTA...

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL CUARTERO

Música del maestro

RAFAEL TABOADA

Estrenada con estraordinario aplauso en el SALON-ESLAVA *la noche del 24 de Mayo de 1879.*

La Minerva.
ESTABLECIMIENTO LITOGRÁFICO
de B. Ferrer, á cargo de E. Alegre, Luna. 42.
1879

REPARTO.

PEPITA.....................	DOÑA DOLORES PERLÁ.
AUGUSTO	DON LUIS CARCELLER.

La accion pasa en Madrid.

A LOS DISTINGUIDOS ARTISTAS

DOÑA DOLORES PERLÁ

Y

DON LUIS CARCELLER

Tienen el gusto de dedicar esta zarzuela, dándoles las gracias,

Los autores.

ACTO ÚNICO.

Sala pobremente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

Pepita.

MUSICA.

La que nace bonita
y no halla novio,
pasa todas las penas
del purgatorio.
Porque es sabido,
que los hombres de ahora
son muy repillos.

—

En busca de un mancebo
me voy al baile,
que en la danza, el mas diestro,
suele enredarse.
Y hace el demonio,
que bailando se encuentren
los matrimonios.

HABLADO.

Pues señor, sepan ustedes
que yo soy Pepita Vargas,
una modista que cose
solamente ropa blanca,
pero con tan mala estrella,
con una sombra tan mala,
que no alcanza para el gasto
el jornal de la semana,

pues á todo el mundo debo,
y son ya tantas mis trampas,
que el dia ménos pensado
trueno, dando la castaña
á todos mis acreedores;
verdad es que esta muchacha
nada escatima, por ver
si se halla en lontananza
uno que caiga en la red
y pague todas sus trampas,
pero ninguno parece;
anoche mismo, en las máscaras,
dí cita á dos indivíduos
con los cuales yo bailaba
de cuando en cuando, creyendo
que hallaria al fin la ganga
de un esposo, pero nadie
ha parecido por casa;
¡se conoce que han olido
que cosia en ropa blanca!
No hay en el mundo mujer
que sea tan desgraciada
como lo pobre modista
que se llama Pepa Vargas. (Suena la campanilla.)
¡Mas, calla! ¡Llaman aquí! (Vuelve á sonar.)
¡Sí, aquí! No ha sido chanza.
Dios quiera que sea alguno
que consuele mi desgracia.

ESCENA II.

Pepita, Augusto.

AUGUSTO. Soy yo, amable vecinita.
PEPITA. ¡El murguista! Esto ya pasa
de castaño oscuro; siempre
sus visitas me empalagan.
AUGUSTO. Vengo á decirla...
PEPITA. Lo mismo
que todos los dias, vaya,
que me quiere, que por mí
no sosiega ni descansa,
y que vá usted á enfermar

si á sus amorosas ansias
no pongo término pronto.
Siempre, todas las mañanas
trae usted la misma canciou.

AUGUSTO. Si usted no fuera tan guapa,
francamente, vecinita,
no vendria á molestarla.

PEPITA. Si usted no fuera tan cócora
no pisaria esta casa
despues de haberle ya dicho
que su pasion no me agrada;
sus visitas me importunan
y me aburre con su charla.

AUGUSTO. ¡Eche usted por esa boca!
Si se viera usted la cara
en este mismo momento
de fijo que se agradaba.
¿Por qué es usted tan bonita?

PEPITA. ¿Y usted por qué es tan matraca?

AUGUSTO. Si no fuera desdeñosa
no vendria á importunarla.
Yo vivia en un tabuco
del barrio de Salamanca
muy tranquilo, mas un dia,
sin duda por mi desgracia,
pasé por aquí y la ví
en la ventana asomada,
por lo cual determiné
mudarme á la misma casa
para contemplar de cerca
su perfeccion y sus gracias,
y notar al mismo tiempo
si me ama ó no me ama.

PEPITA. ¿No le he dicho á usted que no?

AUGUSTO. Peor.

PEPITA. ¿Peor?

AUGUSTO. Cosa clara;
hasta que usted no me quiera
no ceso de visitarla.

PEPITA. Pero diga usted vecino,
¿qué pecado, por desgracia,
cometí para estar siempre

sujeta á su vigilancia?

AUGUSTO. ¿Qué pecado? El ser bonita
y estar rebosando gracia.

PEPITA. ¿Y no basta por ventura
llevar tantas calabazas,
decirle que le aborrezco,
que me fastidia, me cansa,
y que si usted sigue así
voy á mudarme de casa
con tal de no verle nunca?

AUGUSTO. Francamente, no me basta.

PEPITA. Es usted un sinapismo,
un dolor, una cantárida.
(Qué idea tan luminosa
para hacer que así se vaya
me ha ocurrido en el momento.)

AUGUSTO. ¿Medita usted? Luego me ama.

PEPITA. No, señor, ni por asomo.

AUGUSTO. Como está tan preocupada...

PEPITA. Razon tengo para estarlo;
hoy espero en esta casa
dos visitas:

AUGUSTO. ¿De dos hombres?

PEPITA. ¡Cabal!

AUGUSTO. Pues veré si le habla
de amor algun indivíduo,
y si alguno se propasa
en decirla chicoleos
le voy á romper el alma.

PEPITA. ¿Pero quién le mete á usted
en camisa de once varas?

AUGUSTO. ¿Luego tratarán de amor?

PEPITA. Sí, señor, de eso se trata.
Anoche por vez primera
asistí á un baile de máscaras,
y noté que dos sujetos
me siguieron hasta casa,

AUGUSTO. ¿La siguieron?

PEPITA. Sí, señor,
y me han escrito dos cartas,
y como yo soy soltera
y á más de soltera, guapa,

segun usted mismo dice,
vivir sola no me agrada.

AUGUSTO. Pues cásese usted conmigo.

PEPITA. Señor murguista, ya basta,
que no estoy para escuchar
sus impertinencias raras.

AUGUSTO. (¡Ah qué idea! En el momento
la voy á poner en práctica.)

PEPITA. ¿En qué piensa usted? ¿Sin duda
en dejar libre la estancia?

AUGUSTO. ¡Cabal! Pero diga al menos
quiénes son esos dos fachas
á quien espera, y al punto
abandonaré esta casa.

PEPITA. El uno es un coronel
que estuvo en la guerra de Africa;
es muy bruto, y es capaz
al pronto, cuando se enfada,
de pegar dos puntapiés
hasta al lucero del alba.

AUGUSTO. Pues el coronel, de fijo,
debe tener unas zancas...

PEPITA. El otro es un comerciante
que por muy devoto pasa,
y presta dinero al veinte
por ciento cada semana,
de modo que en poco tiempo
hizo una fortuna bárbara,

AUGUSTO. Vamos, sí, es un devoto
que tiene las uñas largas.

PEPITA. Pero tambien es muy bruto;
es hombre de mucha alma
y estropeó á un monaguillo
de un puñetazo, en Arganda.

AUGUSTO. Pues con tan bravos amantes
vá usted á estar aviada.
¿Y cuál es el favorito?

PEPITA. Veremos: pero ya basta
de conversacion, pues deben
venir enseguida.

AUGUSTO. Vaya,
quede usted con Dios, vecina.

PEPITA. (Ya me libré de tal plaga.)
AUGUSTO. (Volviendo.) Pero tenga gran cuidado,
ya que me dá calabazas,
de no llamarme despues.
PEPITA. ¡Ay, qué risa! me hace gracia...
AUGUSTO. Todo cabe en lo posible.
A los piés de...
PEPITA. Ya se marcha.
AUGUSTO. Porque si usted me llamase...
PEPITA. ¿Todavía por mi casa?
¿Le parece que yo tengo
la paciencia de una estátua?
Salga pronto.
AUGUSTO. Ya me voy.
PEPITA. ¡Jesus y cuanta cachaza!
AUGUSTO. (Ya conozco á los dos tipos;
veremos si al fin me ama.) (Vase.)

ESCENA III.

Pepita.

¡Al fin me dará al olvido
ese murguista endiablado!
No vi un hombre más pesado;
gracias á Dios que se ha ido.
¡Y qué afan en ser mi esposo!
Yo jamás llegué á creer
que en el mundo pudo haber
un hombre tan pegajoso.
(Se oye á lo lejos el sonido de una flauta.)
¿Què escucho? No es aprension,
¡él es, sí! Toca, hijo, toca,
hasta echar por esa boca
el hígado y el pulmon.
No hay paciencia que resista
tanto; cuando no le veo
le escucho; es su deseo
sufra esta pobre modista.
Mas semejante rigor
yo burlaré, señor mio.
Recojamos este lío
y vamos al obrador.

Así lograré al instante
salir de penas y apuros;
importará unos tres duros
la cuenta, y eso es bastante.
Si me paga don Cecilio
este jornal por entero,
hoy mismo veo al casero
y mudo de domicilio. (Suena lá campanilla.)
¿Eh? ¿Llaman? Creo que sí.
¿Será él? ¡Esto es atroz!

AUGUSTO. (Dentro.) ¿Pepita?

PEPITA. ¡Oh! No es su voz,
no es su voz segun oí.

ESCENA IV.

Pepita y Augusto.

MÚSICA.

AUGUSTO. Soy el bravo don Ramon,
el bizarro coronel
que ha mandado un batallon
de soldados de papel.

PEPITA. Cierto es,
cierto es,
cierto es,
cierto es,

AUGUSTO. Cual bizarro y cual leal
contra el moro combatí,
y debí salir de allí
por lo menos general.

PEPITA. ¡Es verdad!
¡es verdad!
¡es verdad!
¡es verdad!

AUGUSTO. Pero nunca paga
la nacion
la sangre que vierte
un campeon.
Y en cambio los grados
solo se dan,
al que solo sabe
patinar.

El retiro don Ramon
ha pedido siempre fiel;
coronel es de carton,
pero al fin es coronel.

PEPITA. Cierto es,
cierto es,
cierto es,
cierto es.

AUGUSTO. Siempre leo *El Imparcial*
por si el pago van á abrir,
y al momento suelo ir,
pues en eso soy puntual.

PEPITA. Es verdad,
es verdad,
es verdad,
es verdad.

AUGUSTO. Pero nunca paga
la nacion
la paga corriente
al campeon.
Y en cambio los grados
solo se dan,
al que solo sabe
patinar.

LOS DOS. Y en cambio, etc.

HABLADO.

PEPITA. Pero tome nsted asiento
que debe estár muy cansado.

AUGUSTO. ¡Cabal! Usted lo ha acertado
y no gasto cumplimiento,
que como buen militar
me cargan los cortesías,
y ni aun doy los buenos dias
á veces, por no hablar.

PEPITA. (¡Qué cafre!) Eso me agrada,
la franqueza sobre todo.

AUGUSTO. En la silla me acomodo
pues que la veo sentada.
Ya sabe usted que he venido,
y lo digo sin reparo,
á que hablemos claro;

PEPITA. ¿Claro?
AUGUSTO. ¿Me quiere usted por marido?
PEPITA. ¿Yo?...
AUGUSTO. Dígame que sí, salero.
PEPITA. (¡Qué frase tan de cuartel!
Antes de ser coronel
debió ser cabo primero.)
Sin conocerle...?
AUGUSTO. Es forzoso
que yo la diga quién soy,
para saber desde hoy
las costumbres de su esposo.
Yo de chico era un bolonio,
y de jóven un bohemio,
asi es que tengo un génio
señora, que ni el demonio.
Con mi génio, y militar,
siendo ya cabo furriel,
no dejaba en el cuartel
un soldado á quien zurrar.
Despues ascendí á sargento
en favorable ocasion,
y mudé de batallon,
mas no de temperamento.
Seguí cual siempre la huella
de militares de honor,
de prudencia y de valor
para conseguir la estrella.
¡Pero nada! Era la cosa
que no habia de ascender,
y me dije... á defender
la libertad, *la gloriosa*.
Lució mi esperanza bella,
aquellos hombres mandaron...
y, señora, me estrellaron.
PEPITA. ¿Cómo?
AUGUSTO. Me dieron la estrella.
PEPITA. ¡Ah!
AUGUSTO. En poco tiempo ascendí,
y viéndome capitan,
al ministro con afan
cierta gracia le pedí,

Yo estaba en infanteria,
pero queria montar
y solicité pasar...

PEPITA. ¡Ya entiendo!

AUGUSTO. A caballeria.
Mas no le hizo gracia el paso
al ministro, en conclusion,
que negó mi peticion
y dije, ¿sí? ¡pues me caso!
Pero fué con sombra mala,
pues elejí compañera
tal, que yo creo que era
mucho peor que una bala.
El cielo quiso que al fin
me librara del desmoche,
pues reventó cierta noche,
señora, de un berrenchin.
Libre ya de tales daños,
y en la milicia muy fiel,
me ascendieron coronel
al cabo de cuatro años.

PEPITA. ¿Y de batallar cansado
pidió el retiro? Era justo.

AUGUSTO. Señora, yo por mi gusto
hubiera continuado.
Pero tuve una patrona
que fué para mí de cera,
y ella hizo no sirviera
mas que á su real persona.

PEPITA. No fué usted afortunado,
segun en su relacion
he notado, don Ramon,
ni de viudo, ni casado.

AUGUSTO. Pero por fin lo he de ser
si usted me otorga su mano,
que no he comprendido en vano
à tratar á la mujer,
Yo tal vida la he de dar
si el enlace la acomoda,
que habrá de ser nuestra boda
cosa muy particular.

PEPITA. Diga usted.

AUGUSTO. Por si se vicia
ó la ataca á usté el demonio,
la vida del matrimonio
será igual á la milicia.

PEPITA. Señor mio!...

AUGUSTO. Si resuelta
no se halla, dígame:
«Puede retirarse usté.»
Y al punto doy media vuelta.

PEPITA. ¿Yo?... (Mi pecho batalla.
Debo retenerle fiel,
¡oh! si, porque un coronel
todos los dias no se halla.

AUGUSTO. ¿Qué responde?

PEPITA. Bien pensado,
si me conviene llevar
la vida del militar...
me alistaré de soldado.

AUGUSTO. Es la vida mas galana
que puede llevar mujer.

PEPITA. ¿Y diga, al amanecer
suprimirá la diana?

AUGUSTO. ¡No, señora! Y si á la lista
no parece ¡voto á brios!
de un revés la parto en dos.

PEPITA. (¡Qué bruto!)

AUGUSTO. (¡Pobre modista!)
Luego á mis botas betun
dará, entreteniendo el ócio.

PEPITA. (Pues, señores, no es negocio
el cargar con este atun.
¡Y se quedaria ancho!...)

AUGUSTO. (¡Esto marcha viento en popa!)
Despues coserá mi ropa
hasta que toquen á rancho.

PEPITA. (¡Rancho!)

AUGUSTO. Y á la media tarde
haremos el ejercicio
conforme ordena el servicio.

PEPITA. (¡La cabeza se me arde!)

AUGUSTO. Luego, como estoy enfermo,
la siesta me suelo echar,

y me habrá de custodiar
por si un instante me duermo.
En la puerta de la alcoba
con sigilo y con cautela
hará usted la centinela
con la caña de la escoba.

PEPITA. No se puede resistir
semejante tirania.

AUGUSTO. ¿Qué dice, señora mia?

PEPITA. Que de aquí se puede ir.
Me carga en su matrimonio
porvenir tan halagüeño,
y cuando usted tenga sueño
que le guarde á usté el demonio.
Que no hay mujer que resista
tan villano proceder.

AUGUSTO. ¿Y acaso es usté mujer?

PEPITA. ¿Pues que es lo que soy?

AUGUSTO. ¡Modista!

PEPITA. De honradez el galardon
llevo desde mi bautismo.

AUGUSTO. Todas me dicen lo mismo
y hay muy pocas que lo son.

PEPITA. Eso mi encono despierta,
tal insulto no tolero,
caballero... caballero...
puede usted tomar la puerta

AUGUSTO. En fin, qué le hemos de hacer,
si no le agrada esta union
ya encontrará don Ramon
una esclava por mujer.
No se forje usté ilusiones
de atrapar á un caballero,
porque el que tiene dinero
siempre impone condiciones.
Usted pobre, y costurera,
por más que sea bonita,
si halla un novio de levita
de fijo ha de ser... hortera.

ESCENA V.

Pepita.

¡Yo no sé lo que me pasa!
(Desde la puerta del foro á Augus to.)
¡Infame! ¡Rinoceronte!
Pero en vano lanzo al aire
mis denuestos y mis voces,
qne de mí se irá riendo
ese atroz militarote.
¡Ay! ¡Si en vez de ser mujer
pudiera tener bigotes!
¡Válgame Dios! Cómo están
los pícaros de los hombres!
al mejor de todos ellos
debian darle garrote.
(Se escucha el sonido de una flauta.)
¡Mi vecino! ¡otro que tal!
Siempre con esas canciones.
¡Calla! Toca la habanera
qne oí en el baile anoche;
al recordar esa danza
me forjo mil ilusiones.

MÚSICA.

En una noche de estio,
debajo de un platanar,
durmiose el pobre Panchito
cansado de trabajar.
En su mente acariciaba
dulce ensueño seductor,
y el pobre nego soñaba
con Panchita y con su amor.

—

Dulce beleño,
mágico sueño
acariciaba
brisas del mar.
Solo se oia
y se sentia
que suspiraba
con dulce afan.

Reinaba todo en silencio,
dormia Panchito en paz,
mas vióle la pobe nega
y se acercó sin chistar.
Contemplóle cariñosa
llena de grata emocion,
y un suspiro amante y tierno
exhaló su corazon.
Y callandito,
muy despacito,
besó su frente
con dulce afan.
Y la alegria
se percibia
hasta en las hojas
del platanar,.

ESCENA VI.

Pepita y Augusto.

AUGUSTO. ¡Ave-María!
PEPITA. Adelante.
AUGUSTO. (Desde el foro.)
¿Se encuentra usted sola, jóven?
PEPITA. Sí, señor.
AUGUSTO. Entónces paso.
(¡Oh dicha! No me conoce.)
Pues yo soy Ladron.
PEPITA. (Gritando.) ¡Socorro!!
AUGUSTO. ¿Què se asusta? No dé voces.
Yo soy Ladron... de apellido,
aunque tengo inclinaciones
al oficio, y por eso
soy prestamista de órden.
PEPITA. ¡Ah! ¡yo pensé!...
AUGUSTO. ¿Que lo era
de verdad?
PEPITA. Sí.
AUGUSTO. ¡Pobre jóven!
Voy á esplicarla quién soy
para que esté más conforme.

MÚSICA.

AUGUSTO. Yo soy un santo varon
que tiene muchos doblones,
y todas sus oraciones
las dirige al *Buen Ladron.*
PEPITA. ¿Por devocion?
AUGUSTO. Bien puede ser.
PEPITA. ¿Por devocion?
AUGUSTO. Bien puede ser,
que soy tocayo
del Buen Ladron.
No me puedo contener
al mirar una beldad,
y aunque soy devoto fiel
yo comienzo á retozar.
Y al mirar ese perfil,
y esos lábios de coral,
me palpita el corazon
sin poderlo remediar. (Baila.)

—

Yo soy un santo varon
que va á las casas de juego,
y despues de echar el pego
se va á misa y al sermon.
PEPITA. ¿Por devocion?
AUGUSTO. Bien puede ser.
PEPITA. ¿Por devocion?
AUGUSTO. Bien puede ser,
que soy tocayo
del Buen Ladron.
No me puedo contener
al mirar una beldad,
y aunque soy devoto fiel
yo comienzo á retozar.
Y al mirar ese perfil,
y esos lábios de coral,
me palpita el corazon
sin poderlo remediar. (Baila.)

HABLADO.

Pues que la hice mi pintura
dígame sin cortedad

si le agrada ser mitad
de este cura.

PEPITA. ¿De qué cura?

AUGUSTO. ¡Mia!

PEPITA. ¡Ya!

AUGUSTO. Si usted se casa
con este humilde mortal,
un paraiso terrenal
habrá de ser nuestra casa.
Yo, aunque por mendigo paso
y hago mil lamentaciones,
tengo sendos patacones,
que aquí es lo esencial del caso.

PEPITA. (¡Hipócrita!)

AUGUSTO. Pero quiero,
al buscar una mujer
á quien he de mantener,
sepa guardar mi dinero.
Que no gaste á troche y moche,
pues aunque soy millonario
me gusta lo necesario
y no me gusta el derroche.

PEPITA. ¡Es muy justo!

AUGUSTO. Así, sujeta
estará á gastar en plata
solo al dia una beata.

PEPITA. ¿Cómo beata?

AUGUSTO. Peseta.
Con ella habrá de traer
todo, para dar abasto
á nuestro diario gasto;
almuerzo, cena y comer.

PEPITA. ¡Una peseta!

AUGUSTO. ¡Es dinero!
¿Señora, de qué se estraña?

PEPITA. De que no le echen de España
por ser infame usurero.

AUGUSTO. ¿Pues usted qué se creia?

PEPITA. Me hace gracia el importuno;
que si de soltera ayuno
de casada comería.
Mas con hombre tan tacaño

no quiero entrar en cuestiones.
AUGUSTO. Es que las buenas raciones
lé podrian hacer daño.
PEPITA. (¡Se guasea! ¡Estoy lucida!
AUGUSTO. ¿Conque diga, niña hermosa,
se aviene usté á ser mi esposa
y acostumbrarse á mi vida?
PEPITA. ¡Un demonio!
AUGUSTO. ¡San Antonio! (Santiguándose.)
¡*Liberanus domine*! (Pausa.)
En fin, si me quiere usté
me caso con el demonio.
PEPITA. ¿No comprende mi lenguaje
ó es que no hablo castellano?
Salga usté pronto.
AUGUSTO. Es en vano
que muestre usted tal coraje.
PEPITA. ¿Qué dice?
AUGUSTO. Que ya me voy.
Pero ántes de marchar
yo la quiero á usté esplicar
lo que es y lo que soy.
Yo soy rico, y los placeres
puedo de sobra tener,
y cuando quiera mujer
tendré á miles las mujeres.
Usté es pobre, y dará al traste
con su ilusion al olvido,
y si acaso halla marido
será un oficial... de sastre. (Vase.)

ESCENA VII.

Pepita.

(Desde la puerta del foro viendo cómo se va.)
¡Vil usurero! ¡Canalla!
¡Infame! ¡aleve! ¡bandido!
No, con eso no le insulto,
que en la pila del bautismo
le pusieron ese nombre
ó sinó otro parecido.
¿Pero es posible que haya

en el mundo tales tipos?
¿Quién habia de decir
que aquellos galanes tímidos
que anoche se demostraban
sensibles á mis hechizos
y temblaban á mi vista
fuesen esos basiliscos?
¡Señor! ¡Cómo están los hombres!
(Se oye tocar la flauta.)
¿Otra vez ese vecino? (Escuchándole.)
¡Y no toca mal! Promete
hacer carrera ese chico.
Luego tiene unos modales...
¡es muy amable, muy fino! (Pausa.)
¡Pero si es tan pegajoso!...
No importa, no; su cariño
le autoriza para eso.
Nada, por fin me decido.
Le llamaré con la escusa
de que me molesta el ruido,
y en cuanto vuelva á insistir
le doy mi mano y... (Llamando.) ¡Vecino!
¿No responde? Ya ha cesado
de tocar. ¡Oh! Ya percibo
pasos por el corredor.
(Se escucha de nuevo el sonido de la flauta.)
¡Otra vez vuelve! ¡Vecino!
Ahora sí que no me engaño. (Suena la campanilla.)
¿Llama? ¡Le atrapo! De fijo.

ESCENA ÚLTIMA.

Pepita, Augusto.

Augusto. ¿Llamaba usted, señorita?
Pepita. Pues, sí, señor, la verdad,
tengo débil la cabeza
y me estorba el ruido...
Augusto. ¡Ya!
Si no es mas que eso, señora,
la prometo no tocar.
Pepita. ¡Se marcha!
Augusto. ¿No se la ofrece

á usted otra cosa más?

PEPITA. No señor.

AUGUSTO. Con su permiso...

PEPITA. Sí, señor, tengo que hablar
de un asunto con usted.

AUGUSTO. ¿Conmigo?

PEPITA. Sí.

AUGUSTO. Escucho ya.

PEPITA. (Despues de una pausa larga.)
Hoy hace un dia magnífico.

AUGUSTO. Señora, es primaveral,
pero si eso era todo
lo que habia de contar,
me retiro.

PEPITA. (¡Se me escapa!)

AUGUSTO. (¡Cuánto sufre!)

PEPITA. La verdad,
el asunto que queria
tratar con usted es...

AUGUSTO. ¡Ya!
¿Consultarme la manera
de escojer un buen galan?
Cuál le agrada ¿el comerciante?

PEPITA. No, señor.

AUGUSTO. ¡Ya! El militar,
como gasta charreteras...

PEPITA. No me le nombre usted más.
Si usted llegara á casarse
siendo bella su mitad,
dígame, ¿qué vida haria?

AUGUSTO. Una vida celestial.
Trataría á mi mujer
con solicitud y afan,
trabajaría á destajo,
procurando siempre ahorrar
por satisfacer sus gustes,
sus caprichos.

PEPITA. ¡Basta ya!
Esta es mi mano, vecino.
(Me parece vale más
un pájaro ya en la mano
que en los aires un millar.)

AUGUSTO. (Desbanquè á mis dos rivales;
ha resultado buen plan,
pero si sonó la flauta
fuè pura casualidad.

MUSICA.

LOS DOS. Si este pasatiempo
hizo reir,
hemos conseguido
nuestro fin.
Público indulgente,
por favor,
dá cuatro palmadas
al autor.

FIN.

Fué autorizada su representacion por real órden comunicada el 10 de Mayo de 1879.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos* de *Cuesta*, calle de Carretas; de D. *Alfonso Durán*, y *Fernando A. Fé*, Carrera de San Gerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galeria.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta Galería acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito **no** serán servidos.